

LA REFORMA LABORAL ROMPE EL IDILIO DE ITALIA CON MONTI

Pablo Ordaz - Roma

Las bases del principal partido de izquierda se rebelan contra la ley

Los sindicatos consideran intocable la protección ante el despido

El primer ministro: "O se hace una buena reforma laboral, o me marchó a casa"

A Mario Monti le dieron apenas año y medio para arreglar lo que Silvio Berlusconi, muy bien auxiliado en las bandas por la clase política italiana, se encargó de ir destruyendo a conciencia durante las dos últimas décadas, Italia.

Su inicio fue fulgurante: se cargó de un tajo los derechos de los pensionistas, aprobó un recorte de 30.000 millones de euros y se ganó una portada de la revista Time. Al principio de 2012 ya se le había caído la etiqueta de tecnócrata para lucir una de político intachable, serio aunque cordial, comprensivo aunque implacable; honrado. Sin embargo, en las últimas horas, coincidiendo con los primeros problemas graves de su mandato, ha asomado otro Mario Monti, tan terrenal y bronco que, desde Seúl, ha llegado a lanzar un órdago a partidos y sindicatos: "Si el país, representado por las organizaciones sindicales y los partidos políticos, no está listo para que hagamos una buena reforma laboral, el Gobierno puede marcharse".

La explicación del ultimátum de Monti, que provocó una verdadera tormenta política en Italia y la unanimidad en los quioscos, tiene una explicación muy sencilla: la reforma laboral, su reforma laboral. Desde que llegó al poder en noviembre de 2011, todos sus proyectos habían superado fácilmente la confianza del Congreso y el Senado. Pero ahora, y a pesar de sus esfuerzos por consensuar la reforma, no ha tenido más remedio que aprobarla a las bravas. Ni él ni su ministra de Trabajo, Elsa Fornero, han conseguido llegar a un acuerdo con los sindicatos, que consideran intocable el artículo 18 —el que hasta ahora protegía a los trabajadores ante el despido—. El gran problema para Mario Monti es que su reforma —la que le piden Europa y los mercados y la que ayer mismo aplaudió The Wall Street Journal— tiene que pasar ahora el trámite parlamentario y, por primera vez desde que llegó, no tendrá a su lado a uno de los políticos que le han hecho de escudero, Pier Luigi Bersani.

Bersani es un político serio, lo que dicho en Italia puntúa doble. Es el líder del Partido Democrático (PD), que aglutina al centro izquierda. Hasta ahora, por sentido de Estado, y no sin algún disgusto entre sus filas, Bersani ha apoyado a Monti, y además se notaba que lo hacía con gusto. Pero ahora tiene que decidir. O con Monti o con los trabajadores que, como es natural, deberán constituir buena parte de su electorado en las próximas generales, previstas —si Monti no da la espantada— para la primavera de 2013. ¿Qué hará Bersani? Apostar en la política italiana es perder, pero parece inconcebible que se suicide políticamente aprobándole a Monti la reforma. Sobre todo después de ver que las calles italianas están cada vez más calientes.

El ataque al artículo 18 ya le ha costado a Monti varios puntos de caída en la valoración, todavía buena, que tienen de él los ciudadanos. Pero el tiempo anuncia tormenta. Por un lado, y según una información de Il Fatto Quotidiano, los primeros datos apuntan a que las primeras reformas de Monti **dejarán "sin trabajo y sin pensiones" a 350.000 trabajadores**, y no a los 50.000 que, a ojo de buen cubero, estaba previsto. Por otro lado, Susanna Camusso, la líder del principal sindicato italiano, la CGIL, está dispuesta a mantener su convocatoria de huelga general —aún sin fecha—. Por eso Monti les ha advertido a Bersani y a Camusso: "No tenemos demasiado tiempo [para hacer las reformas que exige Europa]". Al ser preguntado el líder de la izquierda si considera la posibilidad de que Monti dimita y se adelanten las elecciones a octubre, ha contestado: "**Eso es una estupidez**".

No obstante, el jefe del Gobierno tecnócrata insiste en marcar distancia con el apego al poder de los políticos tradicionales. Sin citarlo, pero dejando muy claro que se refería a Giulio Andreotti, también conocido como Il Divino, un político que fue siete veces presidente del Gobierno y más de diez veces ministro, Monti dijo en Seúl: “Mi objetivo es mucho más ambicioso que estar por estar, que tirar para adelante con el único objetivo de llegar a una fecha determinada... Tenemos que hacer una buena reforma”. Se refiere Monti a que Italia sigue bajo vigilancia.

De hecho, él llegó al Gobierno de Italia en noviembre de 2011 después de que Europa y los mercados retirasen definitivamente la confianza a Silvio Berlusconi. El presidente de la República, Giorgio Napolitano, llamó al excomisario europeo de la Competencia, le nombró senador vitalicio de la República y, enseguida, le colocó al frente de un Gobierno tecnócrata. El objetivo no era otro que sanear la economía del país, rescatar la confianza de los mercados y abordar una reforma económica y laboral de grandes proporciones. Sin embargo, por convicción personal o quizá por darle un barniz político a su mandato, Monti se mostró dispuesto a regenerar la política, a devolvérsela a los ciudadanos, a abrir las ventanas de los viciados salones de La Casta. A ratos, parecía más un político que un tecnócrata. Pero ahora, cuando los partidos y también los sindicatos le han amenazado con retirarle el salvoconducto para gobernar a su antojo, el educado profesor ha enseñado los dientes: “O se hace una buena reforma laboral, o me marchó a casa”. Mario Monti ha dejado de ser Mario Monti. O, tal vez, ha empezado a serlo.